

166



# El misterio de la cruz

Jean-François Baudoz, Jean-Marie Carrière  
Roselyne Dupont-Roc y Christophe Raimbault

**verbo divino**

<b>El misterio de la cruz</b>		
<b>Introducción: «La muerte en cruz»</b>	4	
«Menospreciando la vergüenza»	4	
Una teología en movimiento	6	
<b>I – Las cartas de Pablo y «la palabra de la cruz»</b>	9	
El Evangelio: el Mesías crucificado (1 Corintios)	9	
Jesús crucificado, «escrito primero» (Gálatas)	16	
Estar crucificados con Cristo (Romanos, Filipenses)	20	
<b>II – Los Evangelios: «Cristo murió»</b>	25	
El terminación de la humanidad de Jesús	25	
La Pasión según Marcos	26	
Los relatos de Mateo y de Lucas	30	
Juan: la revelación del Hijo	34	
Recuadro: Primeras imágenes de la cruz	38	
<b>III – Las cartas apostólicas: «para presentaros a Dios»</b>	40	
«Aquí estoy, vengo a hacer tu voluntad» (Hebreos)	40	
Sufrimientos de Cristo, sufrimientos de los cristianos (1 Pedro)	44	
Recuadro: La figura del Siervo «Reconciliar a todos con Dios» (Colosenses y Efesios)	47	49
<b>Conclusión: «Anunciar la muerte del Señor»</b>	53	
El misterio de la cruz, desafío de humanidad	53	
El misterio de la cruz, revelación de Dios	54	
El misterio de la cruz, un estilo de vida cristiana	55	
<b>Para saber más</b>		



**Crucificado por nosotros bajo Poncio Pilato**, sufrió su pasión y fue sepultado». Para el Año de la Fe, inaugurado por el papa Benedicto XVI y clausurado por el papa Francisco, nuestra revista ha elegido detenerse en el núcleo de la proclamación de los cristianos, que incluye a todas las Iglesias. La fórmula citada, forjada en el 325 por los padres del Concilio de Nicea, está, en efecto, tejida de elementos procedentes de las Escrituras.

En Nicea, los Padres tenían que explicar sin maquillaje la verdad de Cristo. Afrontaron lo que aún parecía inimaginable: la muerte del Hijo de Dios, una muerte semejante a la de los bandidos, los esclavos y los rebeldes, y, por ello mismo, una muerte salvífica para la humanidad.

Actualmente, a los hombres y las mujeres de buena voluntad no les parece tan chocante este Evangelio. El escándalo y la locura han perdido gran parte de su novedad, incluso entre los discípulos de Jesús. Abordaremos concretamente tres aspectos: la crucifixión, el sentido del sufrimiento y la frase «por nosotros». Veinte o treinta años después de la muerte de Jesús, Pablo afrontó este misterio en sus cartas. Este número, elaborado por un equipo de especialistas, quiere proponer los elementos esenciales para comprender y articular respuestas actuales situadas en la estela de la gran Tradición.

Mucho tiempo después de las cartas de Pablo, del evangelio de Marcos y de los escritos apostólicos, un músico meditó de forma admirable sobre todo ello. No podemos escuchar sin emoción la *Misa en si menor* de J. S. Bach de 1749. El texto latino del Credo nicenoconstantinopolitano se divide en nueve secuencias agrupadas en torno a tres ejes centrales, que cantan la encarnación (*Et incarnatus*), la muerte en la cruz (*Crucifixus*) y la resurrección (*Et resurrexit*). La sección del *Crucifixus* está exactamente en el centro de la composición, como la muerte del Hijo de Dios se encuentra en el centro de la salvación de la humanidad. Tal es la fe y la vida de los cristianos.

**GÉRARD BILLON**

# Introducción:

## «La muerte en cruz»

«Jesucristo se rebajó haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte en cruz» (Flp 2,8).  
¿Qué es la cruz? ¿Un instrumento de suplicio para una muerte infame? ¿Una teología? En cualquier caso, se trata de una paradoja. Hoy, como ayer, según Pablo, el Mesías crucificado es «escándalo para los judíos y locura para los griegos» (1 Cor 1,23). Pero, por otro lado, Pablo califica el acontecimiento cruz-resurrección como una Buena noticia para todos, un «Evangelio». Un discurso de este tipo suscita y pone en marcha la reflexión.

### «Menospreciando la vergüenza»

El misterio de la cruz constituye ciertamente el eje principal de la fe cristiana, y, por consiguiente, es objeto de una intensa reflexión teológica en los escritos del Nuevo Testamento. Con bastante frecuencia, esta «teología de la cruz» se entiende sobre todo como un tema edificante destinado a animar a los cristianos a soportar sus sufrimientos con gran paciencia. Quizá, esta interpretación de «la palabra de la cruz» no carezca de pertinencia. Sin embargo, hay que tener en cuenta que antes de ser una teología, la cruz es una realidad. Es decir, para el cristianismo primitivo la cruz de Jesús no tenía inicialmente un sentido simbólico o metafórico, sino que constituía un hecho muy problemático tanto para los misioneros del Evangelio como para sus destinatarios.

«El soportó la cruz menospreciando la vergüenza» (Heb 12,2): la carta a los Hebreos coincide aquí con la

primera carta de Pablo a los Corintios, «escándalo para los judíos y locura para los griegos» (1 Cor 1,23), la predicación de la cruz tropieza con un hecho altamente paradójico, puesto que afirma que aquel que ha muerto ignominiosamente en el madero es también el Hijo de Dios. Tal es el punto decisivo de la fe cristiana. Dicho de otro modo, no hubiera habido un lenguaje de la cruz si no hubiera existido inicialmente la cruz real, concreta e histórica, en la que murió Jesús de Nazaret.

---

#### Uso de la crucifixión

---

Usada ya entre los persas y otros pueblos bárbaros, el suplicio de la cruz llegó a Roma desde Cartago a través de las guerras púnicas (siglo III a.C.). En todo caso, se encuentra atestiguado por el escritor Plauto (250-184) en varias de sus comedias (*Aulularia*, *El sol-*

dado fanfarrón, Menecmos). Más tarde, Cicerón comenta que se trata del «suplicio más cruel y más infame que se inflige a los esclavos» (*Contra Verres* 5, 64; año 70 a. C.).

La cruz es originalmente un castigo de tipo político que se aplicaba a los jefes militares derrotados como también a los sujetos revoltosos o dispuestos a la rebelión. Se utilizaba también en caso de una revuelta masiva. Se aplicó en la represión de la rebelión de los esclavos liderada por Espartaco en el sur de Italia en 71 a. C. De igual modo se aplicó cuando se capturó Jerusalén en el año 70 de nuestra era. Flavio Josefo nos cuenta la enorme cantidad de judíos que fueron crucificados cuando intentaban escapar de la ciudad. Comenta, por otra parte, que «sus sufrimientos le parecían terribles a Tito» (*Guerro de los judíos* IV, 11, 1). Como en otros lugares, a estos rebeldes no se les consideran «enemigos» (*hostes*), sino, más bien, «bandoleros» (*latrones; léstai* en griego). Los gobernadores de las provincias romanas tenían todo el poder para tomar las medidas que consideraban necesarias con objeto de mantener el orden público.

Entre los romanos, la cruz se reserva, sin embargo, como suplicio de los *peregrini* (extranjeros) y de los esclavos. Mucho después de Cicerón, Tácito, hacia el año 110 de nuestra era, define la crucifixión como *servile supplicium*: «*malam pontentiam servili supplicio expiavit*» («se le hizo expiar el abuso de su poder con el suplicio de los esclavos», *Anales* IV, 11, 3). Según el mismo autor, había en Roma un «lugar particular para la penas reservadas a los esclavos» («*locus servilibus poenis sepositus*», *Anales* XV, 60, 1), por lo

que puede pensarse que probablemente existía en todas las grandes ciudades de las provincias romanas, Jerusalén incluida.

El emperador Galba, en 69 d. C., extiende la pena de la cruz a los ciudadanos de clase baja (*humiliores*), pero, bajo Adriano, emperador de 117 a 138, surge una legislación sobre este tema por la cual nadie podía ser condenado a esta pena sin la sentencia de un tribunal.

---

### Instrumento de suplicio

---

En su origen, el término «cruz» (*crux* en latín; *stauros* en griego) designa un poste vertical (incluso un árbol) al que se ataba o se clavaba a alguien. Solo progresivamente va adquiriendo la forma que nosotros conocemos. La parte vertical estaba clavada en la tierra de forma permanente. Una vez llegados al lugar del suplicio se ataba a los condenados a la parte horizontal (llamada *patibulum*), que a menudo traían consigo desde el lugar de la condena, como en el caso de Jesús. Las dos partes se unían posteriormente en forma de T (*crux commissa* o *summissa*) o en forma de la que hoy conocemos como «cruz latina» con cuatro brazos (*crux immissa* o *capitata*).

Los clavos no se clavaban en las palmas de las manos, que las habrían desgarrado completamente, sino en la muñecas. Los pies no reposaban sobre una base de madera, sino que se unían lateralmente atravesados por un clavo largo. La muerte, en general, tardaba en producirse. No se moría por las heridas, sino de asfixia. El cuerpo caía por su propio peso y el crucificado tenía que esforzarse por incor-

porarse. La posición se hacía pronto insostenible, el desdichado volvía a caer y terminaba asfixiándose. La agonía era larga y atroz. Algunos de los 6.000 crucificados de la rebelión de Espartaco tardaron varios días en morir.

Según el testimonio de los evangelios, la muerte de Jesús fue particularmente rápida. Los dos delinquentes que estaban a su lado aún vivían con la caída del sol, lo que explica que los soldados romanos les quebraran las piernas. Según Dt 21,22 (véase pp. 45-46), en efecto, el ajusticiado no podía pasar la noche en el madero. El *crucifragium* («quebra de las piernas») producía una asfixia inmediata, y, a veces, parecía como si se tratara de una medi-

da de clemencia, puesto que abreviaba los sufrimientos del condenado.

\* \* \*

Esta rápida visión sobre el suplicio de la cruz en el siglo I de nuestra era solo tiene el objetivo de recordar la humillación del que padecía tal castigo. El himno de Filipenses (Flp 2,6-11) pone en relación la «kéno-sis» de Cristo y su obediencia «hasta la muerte, y la muerte en cruz». *Servile supplicium* por excelencia, la cruz se encuentra plantada en el centro del cristianismo. Lejos de ser una adición paulina, la muerte de Jesús y su muerte en la cruz constituyen el lugar originario de la fe cristiana.

**Jean-François BAUDOZ**

## Una teología en movimiento

La cruz es ante todo un hecho, un instrumento de suplicio muy frecuente en el Imperio romano. Pero para los cristianos es también el lugar donde Dios se revela en su Mesías crucificado. Esta revelación se efectúa mediante un movimiento o dinámica que incluye la muerte y la resurrección de Cristo. La cruz es instrumento de muerte, pero también paso de la muerte a la vida. La referencia a la cruz conduce inseparablemente a la resurrección. Y este movimiento al que Jesús nos lleva es para nosotros, para nuestra salvación.

En este paso se desprende un mensaje, un lenguaje nuevo, una lógica nueva, que es la de la fuerza (*dynamis*) de Dios, que escapa a toda sabiduría y a todo entendimiento humanos. Para Pablo, este misterio

es grande y complejo. Dios manifiesta en él su amor, su *agapē*, reconciliándose con los hombres que se habían alejado de él.

---

### Un anuncio, la primicia

---

Todo parte de un anuncio: Jesús ha muerto crucificado y ha resucitado para nosotros, y ha convertido a sus discípulos en testigos. El testimonio es contextualizado. Pablo, el primer autor cristiano, se escribe con las comunidades para animarlas y fortalecerlas en el camino y la práctica de la fe en el Mesías crucificado y resucitado. El centro que invoca constantemente en sus escritos es el misterio de la cruz.

Como en todo acto de comunicación, el modo y la ocasión de comunicar el hecho condicionan lo que se dice y lo que se percibe. En función de lo que vive cada Iglesia, Pablo insistirá en un aspecto o en otro, resaltando según el caso algunas de las implicaciones del misterio y del lenguaje de la cruz.

Bien es cierto que Pablo abre y muestra numerosos aspectos de la cruz, pero no llega a agotar la profundidad del misterio. Por un lado, trata de anunciar este misterio y de hacer comprender el efecto sobre los creyentes y las comunidades. «Nosotros proclamamos a un Mesías crucificado, escándalo para los judíos, locura para los griegos» (1 Cor 1,23), y «Si Cristo no ha resucitado, vacía es nuestra predicación y vana nuestra fe» (1 Cor 15,14). La gloria prometida pasa por la cruz.

Al mismo tiempo, la cruz interpreta la sentido de la Escritura como historia de salvación. Además, la cruz es el lugar de revelación de la *agapē* de Dios, fuente de paz, de alegría, de reconciliación y de salvación para todos los hombres, comenzando por los más excluidos, los más perdidos. Y esto modifica las relaciones entre Dios, los creyentes y el mundo. La cruz, lugar de escándalo, se convierte en lugar del anuncio de una Buena noticia al mundo que llega a transformarlo.

---

## Narraciones

---

Los testigos experimentaron muy pronto la necesidad de narrar la cruz y la resurrección. No solo había que contar el misterio cruz-resurrección, sino que también había que releer a su luz los hechos y gestos de Jesús. Así es como se pone en marcha la empresa

de la redacción de los evangelios. Cada evangelista sigue un proyecto narrativo con una estrategia específica. En la cruz es donde se propone la verdadera identidad de Cristo al reconocimiento de todos, incluso de los paganos (Mc 15,39; Mt 27,54).

La narración evangélica equivale a lo que acontece a las mujeres que van a la tumba en Mc 16,1-8: ellas buscan el cuerpo, pero se les da una Palabra que les envía a su proclamación. El objetivo de Marcos es hacer pasar de la búsqueda del crucificado al encuentro del Resucitado. Para expresar la Buena noticia de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (cf. Mc 1,1), Marcos invita al lector que ha llegado al final de su libro a retomar su lectura desde del comienzo, en Galilea, con la clave de lectura que constituye la resurrección del crucificado (cf. Mc 16,6-7: «¿buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado? Ha resucitado... ¡Id! Él os precede en Galilea»).

Para Mateo, que insiste en el cumplimiento de la Ley, la crucifixión provoca no solo el desgarramiento del velo del Templo, sino, además, un verdadero terremoto apocalíptico (Mt 27,51-54). A continuación, el Resucitado puede enviar a sus discípulos a todas las naciones (Mt 28,16-20).

Lucas, en dos volúmenes, escribe un relato ordenado para consolidar las enseñanzas recibidas por Teófilo (Lc 1,1-4). Jerusalén, lugar de la crucifixión y de la resurrección, es el centro de la misión de Jesús que revela a un Padre que perdona y que es misericordioso. Es el término del largo camino de Jesús con sus discípulos y se convierte en el punto de partida de la misión cristiana.

Nada detiene la propagación de la Palabra por los testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra (Hch 1,8).

Más tarde, Juan, ya con cierta perspectiva, escribe para provocar la adhesión a la fe y para que, al creer, sus lectores tengan la vida (Jn 20,30-31). La cruz es presentada en su evangelio como el lugar de la elevación de Cristo, que atrae hacia sí a todos los hombres (Jn 12,32-33).

---

### Relecturas más tardías

---

Pero el misterio de la cruz-resurrección es grande y complejo. Asimilar el mensaje y garantizar su transmisión, sumarse a esta «lógica» de la cruz, que nada tiene que ver con una lógica humana, necesitan relecturas sucesivas en función de los nuevos desafíos con que se cruzan las comunidades de creyentes. La autoridad de las cartas de Pablo y los relatos de los evangelios permitieron formular el misterio de la cruz. Pero después surgieron otras maneras novedosas de leer y proclamar este acontecimiento.

Así, había que consolidar bien las enseñanzas de Pablo para su posteridad y precisar la enseñanza de la cruz-resurrección en un momento en el que la búsqueda de salvación se orientaba hacia el universo y el cosmos (el «deuteropaulinismo»). Había también que vigilar para que no se desnaturalizara el depósito de la fe en su transmisión de generación en generación (el «tritopaulinismo»). De igual modo, se hizo también necesario comprender las implicaciones sacrificiales del misterio de la cruz en el momento en que desapareció el culto sacrificial (la carta a los He-

breos), o acompañar la reflexión sobre el sufrimiento y las pruebas soportadas por los creyentes (primera carta de Pedro)... Después vendrán los comentarios de los Padres.

---

### Un camino de fe

---

A medida que se van produciendo las relecturas y las reescrituras del acontecimiento de la cruz, su lenguaje se va también desplegando. Partiendo de interpretación de tipo kerigmático, vemos cómo poco a poco se desarrollan interpretaciones teológicas. El acontecimiento de la cruz es descifrado como signo y como lenguaje, como «lógica» nueva. El lenguaje de la cruz se revela progresivamente como una llamada que aguarda una respuesta del creyente.

Inicialmente, es una respuesta de fe y de adhesión a la persona misma del Mesías crucificado. Después, la respuesta se traduce en términos eclesiales y comunitarios, sociales e incluso cósmicos. Finalmente, se convierte en una respuesta de tipo ético y existencial. Se invita al creyente a adaptar toda su vida a este nuevo lenguaje, a dejarse transformar por él, a configurarse con el Mesías crucificado para participar con él en la vida nueva de resucitado.

En este sentido, la cruz, de instrumento de suplicio infame, se convierte en instrumento de revelación y de salvación. El camino de la cruz es un largo camino de fe. Sin duda, fue debido a ello que tuvo que pasar tiempo para que los cristianos adoptaran la cruz como su signo: un signo de reconocimiento, de acción de gracias y de esperanza.

**Christophe RAIMBAULT**